

# Presentación del libro de Sergio Larriera

Artefactos intrascendentes

6 de Noviembre de 2019 en CRUCE<sup>1</sup>



El pasado 9 de noviembre de 2019 nos reunimos en el espacio de Cruce Arte y Pensamiento, bajo el auspicio de su recién nombrado Presidente, Francisco Javier Rodríguez de Fonseca, para conocer algunas claves para la lectura del libro **Artefactos intrascendentes** de la mano de Isidro Herrera, editor de Arena Libros, y de Hugo Savino. Unos días después se celebró la presentación de este libro en la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis de Madrid, allí por Miriam Chorne y Jorge Alemán invitados por Constanza Meyer. El testimonio de lo que se dijo en CRUCE<sup>2</sup> y el texto que Miriam Chorne expuso en la ELP, se reúnen en este documento.

<sup>1</sup> CRUCE Arte y Pensamiento. C/ Doctor Fourquet 5. Madrid.

<sup>2</sup> Incluyendo las palabras de Sergio Larriera gracias a la grabación y transcripción de Denisse Nadeau.



## Intervienen

Isidro Herrera: En compañía de Sergio Larriera.....	2
Hugo Savino: La manera <i>Larriera</i> .....	9
Recapitulación.....	11
<i>Homo Inscriptor</i> .....	11
Sergio Larriera.....	14
Miguel Ángel Alonso: Palabras para un autorretrete. La riera de una diéresis.....	18
Miriam L. Chorne: La praxis poética del nudo borromeo de Sergio Larriera.....	18

### Isidro Herrera: En compañía de Sergio Larriera

Nadie dudará de que estamos ante el libro de un psicoanalista, donde el psicoanálisis se percibe con una insistencia pasmosa detrás tanto de sus líneas más exigentes como de las más livianas (si que hay alguna que lo sea). Sin embargo, y como me resulta obligado, me he permitido más bien leerlo como lo haría un lector cargado de filosofía y extraño al psicoanálisis, materia de la que no puedo decir menos que la ignoro o que no estoy siquiera preparado para hablar de ella. Doctores tiene la iglesia.

A no ser que se trate en él, en este libro, de una novela de aventuras, donde se narrarían las peripecias protagonizadas por un extraño personaje: el *parléser*. Quién es, qué hace, cómo vive, dónde habita, cuáles son sus intenciones, en qué condiciones existe y, sobre todo, cómo nos interpela, a nosotros,

por cuya boca él habla, para decirse y decirnos. El *parléser*: un ser engañosamente interrogativo si hacemos caso de esta manera de referirnos a él, pero primordialmente afirmativo, afirmador de su ser (incluso charlatán de su ser): ser-diciente al mismo tiempo que se-diciente.

Pero vayamos por partes y ante todo por las partes en las que este libro se divide. Porque este libro se presenta dividido muy cuidadosamente en dos partes. La primera, con el título de «Un paso atrás» se propone como un re-paso (un paso re-producido, un paso ya dado vuelto a dar) de ciertos itinerarios antiguos (el más antiguo fechado en 1983), que cuanto más alejados se encuentran, incluso abandonados en el trascurso del tiempo, mejor urgen a valorar su presencia. Un paso/repaso que le servirá a Sergio Larriera para decirnos, en una primera persona que bien mirado no se utiliza nunca, y en buen y correcto «lacaniano»: de dónde vengo para para ser lo que voy siendo, es decir, para designar eso desde lo que iré a venir. Mientras que la segunda, titulada «Un nuevo decir localizador», se propone como



www.cilajoyce.com

una vía de exploración en busca de algo nuevo, de un «nuevo decir». El propio Sergio Larriera en cinco líneas apretadísimas resume su propuesta: nombrar de otro modo lo que permanece vigente en su no abandonado «deambular». Lo que quizás quiere ser un sobrepasamiento de los pasos dados — ambulados, re-ambulados— hasta ahora, pero sólo por el hecho de que los pasos de aquel antiguo ambular que aún permitía mirar hacia atrás se han convertido en los nuevos pasos que no llevan ni atrás ni adelante, sino que, afectados de sincronía, consisten en un deambular que, aun produciéndose, no se mueve del sitio. A la vez que, de paso también, nos dice lo que «íntimamente» es — son sus propias palabras— el psicoanálisis: «un decir localizador».

Y aquí yo debería ser prudente a la hora de interpretar las palabras usadas. Si el psicoanálisis es un «decir localizador», si se pretende «un nuevo decir localizador», puede parecer que se estaría buscando un nuevo psicoanálisis. ¿Es esto así? No y sí. Primero se observará que cuando se afirma que el psicoanálisis es «un» decir localizador», no se quiere decir que sea el único decir de esa clase. Habrá, quizás, otros, y si esto fuese cierto, un «nuevo» decir localizador» querría referir la producción de «otro» decir localizador, uno más entre otros, uno que todavía no habría sido nombrado y que incluso podría no ser el psicoanálisis (aunque el hecho de ser «localizador» lo emparentaría irremediablemente con él). Sí y no, porque no quiero que se entienda en absoluto que Sergio Larriera se sale ni por asomo del psicoanálisis. Al contrario, pretende serle tremendamente fiel, con una fidelidad a prueba de años, pero con esa fidelidad que, precisamente con los años, hemos aprendido a valorar por encima de otras: la que combate con saña lo que anquilosa su decir en la boca de quienes lo conmutan de localizador en localizado. Renovándolo — por fidelidad a él.

Porque Sergio Larriera estaría extraordinariamente lejos de, por ejemplo, un Sartre, cuando éste, al final de su crítica/descalificación de *La experiencia interior*, habiendo constatado que el «hombre» Bataille estaba en un callejón sin salida, proclama: «Lo demás es asunto del psicoanálisis. No se proteste. No pienso aquí en los métodos groseros y sospechosos de Freud, Adler y Jung; se trata de otros psicoanálisis.» Esto es lo que ahora sabemos: no podemos siquiera soñar un psicoanálisis sin Freud. Fue con certeza Lacan quien enseñó que el resto es lisa y llana impostura. Por eso, ese invocado «nuevo decir localizador» se ha de decir, según lo hace Sergio Larriera, deambulando sin descanso en la compañía de Freud o de Lacan. Y, a su vez, muy cerca de Heidegger, cuya habla le daría nuevas categorías al psicoanálisis, como estas mismas que lo caracterizan como «decir localizador» y otras tantas que compusieron su legendario *Lacan : Heidegger*, escrito mano a mano con Jorge Alemán.

\*\*\*

Ya entrando en materia, decía que en el libro de Sergio Larriera se trata ante todo de lo que le acaece al *parléser*. Ahora bien, ¿qué le pasa exactamente al *parléser*? Jugando con las palabras, podríamos decir que lo que le acaece, le pasa o le acontece al *parléser* es el existir: él existe (*ex-siste*) como «habitante» del «*parléter*». *Parléser, parléter...* ¿a quién le hablamos y con qué lenguaje? Un lenguaje del que, sin embargo, se sabe su procedencia y es susceptible de ser explicado. Ante estas palabrejas a primera vista ininteligibles, por mi parte y según mis gustos, no puedo dejar de mirar con enorme simpatía y admiración el *gozo* que Sergio Larriera siente por haber dado cauce en español a estas dos palabras que gracias a él conquistan su lugar en nuestra lengua. Hay una emoción contenida en las páginas que dedica a explicar cómo llega a ellas, en el momento de pesar sus pros y sus contras, de comparar su validez frente a otras formas propuestas, de subrayar su valor para



www.cilajoyce.com

el lenguaje psicoanalítico, tanto en primer lugar en francés como subsiguientemente en español. Mostrando la amplia y rica posibilidad de que sin menoscabo alguno haya un psicoanálisis *de* nuestra lengua.

El *parléser*, en cuanto ex-sistente, no hace otra cosa que decir, decir el ser, y sólo en eso consiste su ex-sistir: el *parléser* es esencialmente un serdiciente. Y si el decir es cosa del hablar, habrá que añadir que quien propiamente habla en primer lugar es quien siempre habla detrás de toda habla: eso que se ha venido en llamar *lalengüa*. Y de este modo, gracias al decir del ser del *parléser*, se da —o hay— el habla de *lalengüa*, y es posible hablar. Por eso, sea quien fuere quien hable siempre hablará la lengua —*lalengüa*— del *parléser*. Operación que sujeta al ser y al decir en un único movimiento en que consiste su ex-sistencia como dicho *parléser* — al habla.

No sería posible seguir aquí todos los requiebros y sutilezas de esta lengua —*lalengüa*— cuando se propone no sólo decir su ser, sino decir *el* ser. Todo el libro de Sergio Larriera lo hace de una manera notable. Y, sin embargo, en el momento de afrontar el libro en su conjunto, nos parece llamativo que el tal no se titule así como *Venturas y desventuras del todopoderoso sujeto llamado parléser*, sino más misteriosamente y con cierta modestia *Artefactos intrascendentes*. ¿A santo de qué este título cuando, incluso, comprobamos que tales «artefactos intrascendentes» apenas son mencionados en la parsimoniosa pesquisa que llena todo el libro? ¿Se trata de uno de esos engañosos títulos que no dan lo que prometen y que han sido elegidos más por su capacidad de sugerencia o por su pompa antes que por su acierto al nombrar el asunto del que ahí se trata? A esto último se ha de responder tajantemente que en absoluto. De modo que nuestra próximas líneas se dedicarán a explicar en qué sentido la referencia a tales artefactos intrascendentes le da al libro la razón de su existencia.

Para ello me limitaré a hacer el recuento de esas escasas apariciones del término, que, sin embargo, tienen la facultad de indicar la resolución de un gran problema suscitado por lo que podríamos llamar la acción del *parléser* dentro de lo que también podríamos llamar el universo del *parléter* y reducida al mero hecho de hablar *lalengüa*. Ahora bien, con un insalvable añadido, que consiste en la evidencia de que todo ello no está llevado por el movimiento de quien diríamos que es el Uno, sino por el Otro y lo que este Otro hace sobre el Uno, que necesariamente lo ha de *trascender*. En esta senda así trazada, encontramos mencionados los artefactos intrascendentes por primera vez en la página 102 del libro, es decir, cuando ya ha dado tiempo a desplegar la estructura general en que se mueve toda la conceptualización con la que se trabaja, es decir, cuando ya estamos orientados en el camino de su pensar. Es justo el momento en que el *parléser*, conector del inextricable entrelazado dentro de su ser de su triple condición mortal, sexuada y hablante, sabiéndose expuesto al y en el goce del Otro, literalmente *escrito* por él, queda enfrentado a la necesaria estructura trascendente merced a la cual él mismo existe.

El problema es, pues, en último término el de la obligada apertura de una trascendencia que viene del Otro y de su acción inscriptora o escrituraria sobre Uno, que abrirá en el Uno la falla o la falta en la que consiste su ser — desde este punto de vista inacabado o pleno solamente como inacabado, dañado en su ser. Y llegados aquí a nadie se le debe ocultar que todo el mal vendrá con la trascendencia. Aquí y sólo aquí se hace necesaria la tarea del analista, el cual opera en el campo de la palabra, donde rige una tarea «poética» que se le asigna al propio analista (dice Sergio Larriera: «En esa tarea del analista regirán las coordenadas de la palabra poética», p. 102). Tal palabra poética, se nos dice, no sólo carga con «efectos de sentido», sino también y al mismo tiempo —y esto es lo esencial— con «efectos de agujero». Para a continuación



[www.cilajoyce.com](http://www.cilajoyce.com)

nombrar por primera vez a los a los hasta ahora no mencionados «artefactos intrascendentes», que están fundamentalmente llamados a actuar como auténticos operadores de intrascendencia.

No debemos equivocarnos con esta apelación a la intrascendencia, en la que podríamos escuchar una llamada a la levedad, a la carencia de importancia o a la desvalorización. Cada palabra tiene su atmósfera que lleva consigo (así es como jugamos con ellas), pero con todo y con eso, aquí intrascendente debe leerse en primer lugar como no-trascendente. Es decir, aquello que combate y anula la trascendencia, pero que tampoco quiere ser simplemente inmanencia, porque tampoco se trataría de crear un absoluto inmanente en donde no quepa la escapada hacia la trascendencia (es decir, la solución que habría encontrado Deleuze), sino que en cada caso operaría una contra-trascendencia sostenida en el correspondiente artefacto encargado de llevarla a cabo. Los artefactos intrascendentes, no porque se los denomine así, no carecen de relación con una estructura que los permite actuar, sufriendo entonces permanentemente la amenaza de la trascendencia. Sin embargo, tal estructura no trasciende la existencia de dichos artefactos ni la de sus operaciones hechas de palabras, puesto que ya sabemos que la palabra misma al tiempo que produce sentido «agujerea» o excava fundamentalmente aquello que ella pone en juego, es decir, la estructura determinante que en ese preciso instante pierde su trascendencia como consecuencia de los mencionados «efectos de agujero» que trae consigo el uso de la palabra (y en primer lugar y privilegiadamente la palabra donde se cruzan el analista y el analizando): «la pretendida trascendencia de la estructura naufraga en los agujeros que excava la palabra. Entre el sentido y el agujero el *parléser* farfulla sus síntomas.» En esto consistiría la «experiencia analítica» — palabra de analista.

Se deberá observar que en esta operación, la de la experiencia analítica que está sustentada en la palabra, «hablar» y «decir» son tomados como intransitivos. No se trata de decir esto o aquello, no se trata de hablar una u otra lengua, se trata exclusivamente del despliegue autoconclusivo de su acción verbal, que consiste en una inscripción que no se propone nada, como un encaminamiento que no se propone ir a ninguna parte (porque si lo hiciera automáticamente devendría trascendente), sino que permanece en su propio estar-en-camino (y en ese sentido en un estado inmanente o no-trascendente). De tal modo que la inscripción de una palabra produce al mismo tiempo un sentido y un hueco, los cuales proceden, como se ha dicho, de una estructura significativa o marcadora que tiene su arranque en el cuerpo del Otro que desde su primordialidad impregna cada elemento separado dentro de lo que Sergio Larriera llama el «magma palpitante», sobre el cual se han de inscribir los signos del Otro. Operación por la que vuelve a aparecer la necesidad de contar con la función del artefacto intrascendente: «No encontraremos en cada elemento una reproducción fiel de la estructura trascendental del Otro, sino que en cada elemento nos encontraremos con un artefacto intrascendente, un modo singular de arreglárselas con los imperativos estructurales del Otro.» (p. 133)

Lejos de ser universalizante, esa exposición a los signos del Otro adquiere en cada uno de los elementos separados del magma inicial una singularidad que, dice Sergio Larriera, los convierte en artefactos intrascendentes, que han roto con la inclinación a la trascendencia que parecen imponerle los «imperativos estructurales del Otro», haciendo que el *parléser* se desvíe de aquella sujeción a una estructura trascendente, produciendo una falla o una deriva en su encaminamiento, es decir, poniéndose en camino desviándose del rumbo marcado por la correspondiente estructura que parece llamada a dominarlo. (¿Será verdad entonces, en contra de lo que



www.cilajoyce.com

yo mismo he dicho aquí o allá, que el psicoanálisis «emancipa»? Claro que siempre habrá que entender que mi cuestionamiento no va tanto dirigido hacia el psicoanálisis como hacia la emancipación.)

Las páginas 144 y 150 de su libro nos traen dos nuevas menciones del artefacto intrascendente, haciendo esta vez una importante puntualización que insiste en el hecho de que cada artefacto intrascendente es la «absoluta singularidad de cada *parléser*», es decir el modo singular en que se reúnen las tres dimensiones del Otro: R, S, I más el encadenamiento que de ellas hace el síntoma  $\Sigma$ . Cadena que a su vez no cesa de transformarse, siendo tales síntomas los signos de deformación o de información que se marcan en la cadena. La singularidad del *parléser* que lo reduce al estado de artefacto intrascendente, constituido por el singular camino al habla que lo ha traído a la existencia, nos permite adivinar qué o quién es este singular artefacto intrascendente: *nosotros mismos*, cada uno de nosotros, caracterizado por la posibilidad de hacer —o de haber hecho— camino, sujetos que en cada caso cargan con su «sonora inconsistencia» y su «silenciosa extinción».

Por último y llegando a al final de nuestra indagación acerca del propósito y la función de los llamados artefactos intrascendentes que copan con su nombre el título del libro de Sergio Larriera, en la última mención del tal artefacto intrascendente (p. 169), se llega también a lo que para éste sería también su punto de llegada: el «Hay-de-lo-Uno». Porque, al final, el *parléser* en su modo singular de ser, en cuanto artefacto intrascendente, aparece rodeado de Unos — está in-un-dado, como dice con inteligencia Sergio Larriera— y ahí, cuando el artefacto intrascendente se encuentra cercado por un horizonte inmanente de Unos, alcanzado el «grado uniano» de lo Uno, se habrá alcanzado a la vez el grado primordial del ser o de lo real: «[debo] dejarme llevar por *el grado uniano* del artefacto intrascendente en que

sostengo mi singularidad. Alcanzado el “Hay de lo Uno” estaré en disposición de asomarme al misterio de esos *primeros Unos de milalengüa*.»

\*\*\*

Ya me voy excediendo. Perseguir ese «misterio» de lo Uno es la tarea que se proponen las últimas páginas de un libro a sabiendas áspero y de no fácil acceso, pero sin lugar a dudas (a ninguna duda), apasionante. Crecerá.

Pero antes de concluir mi comentario quiero añadir dos codas, que han de ser comprendidas como dos regalos dirigidos expresamente a Sergio Larriera

CODA N° 1.- En un momento de su libro, Sergio Larriera se hace eco de la crítica que se ha hecho del uso que hacen los teóricos de nuestra lengua de la expresión «Hay de lo Uno». Una mala palabra, por lo visto, descaradamente afrancesada, que querría expresar la forma de un partitivo que no existe en español. ¿Una mala palabra? Ya veremos. ¿No habría artículo partitivo en español? Ciertamente, no, pero sucede que esta misma expresión «hay de» ya significa una forma de hacer un reparto o una partición.

Sin entrar todavía en la cuestión del artículo, para abrir boca, y en consonancia con el francés que también la usa en el mismo sentido que nosotros (hay de = *il y a de*), esta expresión es corrientísima en español. No obstante, menos rotunda en francés que en español, cabe fijarse en su profundidad casi oceánica, capaz de decir «hay de todo» o «no hay de nada», teniendo ese «hay de» la posibilidad de atraparlo todo para de inmediato perderlo todo y quedarse sin nada. Igual que sucede con la bartlebyana respuesta que nuestra lengua le da al simple gracias: «no hay de qué», o con las múltiples interrogaciones que afectan a uno cualquiera (¿«qué hay de éste o de aquél?», tanto usando nombres comunes como nombres propios: «¿qué hay de Pedro o de Juan?», «¿qué hay de



www.cilajoyce.com

España o de Argentina?»), interrogaciones que se refieren a todo tipo de acciones dichas con un verbo («¿qué hay de comer o de beber?») o a múltiples cualidades expresadas por medio de un adjetivo («¿qué hay de nuevo?», «¿qué hay de bueno?», «¿qué hay de gracioso?»). Siendo también notable la capacidad que tiene el «hay de» para hablar de cantidades: «hay de más», «hay de menos», «hay de sobra», o las ya citadas «hay de todo», «no hay de nada». Todo ello dicho para subrayar la mencionada capacidad de partir o de repartir que ya se tiene con el «hay de».

Pero añadámosle el artículo: «hay de lo...». También lo usamos mucho. Recordemos eso tan español que consiste en preguntar «¿qué hay de lo mío?», consistente en apartar algo, lo mío, de lo de los demás, es decir, en hacer literalmente una partición, donde estamos preguntando por lo que hay de lo de uno, que soy yo. Y así nos hemos ido acercando a la fórmula que estamos cuestionando: «hay de lo uno», para comprobar que siempre sería utilizable correctamente poniendo en relación «lo uno» con «lo otro». Así, por ejemplo, podría decir que en el libro de Sergio Larriera hay psicoanálisis, pero también hay filosofía: «hay de lo uno» y «hay de lo otro (o de la otra)». Y ya estamos en lo que nos interesa: siempre que se correlaciona lo uno con lo otro, en el conjunto que formasen, *habrá de lo uno* (y por consiguiente de lo otro), donde esos indefinidos podrían referirse a cualquier cosa objeto de una partición que evidentemente no viene marcada por el artículo, pero que nuestra lengua ha llegado a realizar sin retroceder ante una supuesta incorrección al decir «hay de lo uno».

Incluso, esa partición que se establece dentro del haber admitiría decir «hay de lo único» o «hay de lo que no hay», como cuando no habiendo otra cosa sino una sola dijéramos

que «hay de lo único que hay». O como cuando dijéramos de algo o de alguien que «es de lo que no hay», porque si esto es así, entenderíamos que entonces «hay de lo que no hay». Así, pues, si en nuestro español hay un «hay de lo que no hay», ¿cómo no iba a haber un «hay de lo uno»?

CODA N° 2.— Es bien sabido lo aficionado que es Sergio Larriera al modo compositivo que utilizó Jean-Pierre Brisset para ni más ni menos tomarle la palabra al Séptimo Ángel del Apocalipsis y hablar una lengua batracia que caminase a saltos como lo hacían aquellas ranas que croaron el primer lenguaje articulado donde ya estaba todo el nuestro. Cabe así hablar de otro modo (*autrement*) para decir lo mismo, hablar un habla otramentera u otramanera. O, lo que para el caso podría también valer, traducirla a un lenguaje diríamos que sergiolarriero.

Dentro de estos parámetros otramenteros u otramaneros, el *parléser* habla la lengua del batracio ancestral para darle voz al decir sergiolarriero. Según tal decir, tal o cual *parléser* se pone al habla para, singularmente, decir-ser (es decir, decir-se).

¿Qué se dice? ¿Qué dice ser? Un ser-diciente que habla y se dice, y dice ser quien dice ser, pero no yo. Ser sin ser yo, sino yo camuflado: -gió: Ser-gio. Un ser-yo-larriero, un ser dicho ser-diciente o ser ser-gio-larriero, un ser de palabra sergiolarriera, una palabra que es larriera, o que es arriera, la arriera. Y camina, es caminariega. ¿Qué es? Es-que-larriera, esquelariega, escalariega, esquilariega, escolariega, de la escuela de la-arriera, Larriera. Y es que el sergiolarriero, caminariego, escolariego. Palabra de libro-arriero. Yo, ya el libroarriero, a la escuela de camino con Sergio Larriera.

[www.cilajoyce.com](http://www.cilajoyce.com)



Isidro Herrera, Hugo Savino y Sergio Larriera



círculo  
lacaniano  
james joyce



www.cilajoyce.com

## Hugo Savino: La manera *Larriera*

Sergio Larriera: «Entre el sentido y el agujero el ser farfulla sus síntomas.»

Henri Meschonnic: «Una manera de hablar que se difunde a través de todas las palabras.»

Estas dos citas para leer entre el sentido, el agujero y la manera de escribir de Sergio Larriera. En este continuo:

«*Lalengüa* trastorna la concepción general del lenguaje, pues no puede ser considerada como algo aparte, como la irrupción de algo inconveniente en el discurso. De ninguna manera, pues la lengua y *lalengüa* son un continuo, son lo mismo en diferencia.»

Uno de los ejes de la poética de Sergio Larriera, a la que leo como un sistema y no como una estructura, es el acento en lo mismo [pero] en diferencia. Arriesgo que Sergio Larriera se escribe en lo mismo como diferencia. Intenta una escucha de lo que abre la niebla. Escuchar el silencio y las fábulas que engendran «las marcas del origen». El silencio está en el lenguaje. Y la fábula nos permite escribir nuestras novelas familiares. Nuestros relatos interminables.

Hay libros llamados de psicoanálisis, de antropología, de historia, novelas, ensayos, hay todo eso, todo el año. A granel. Pero cada tanto, en alguna de esas clasificaciones, aparece, cosa rara y escasa, un libro escrito. Un libro que sobrepasa o excede la categoría de relato. Siendo el relato la forma de la propaganda, la divulgación de la fe, o un confortar al fiel, o la repetición machacada de lo dicho recontra-dicho. El libro de Sergio Larriera está del lado del recitativo. Que excede el relato. Si se escribe en serio, se escribe desde un punto de vista sobre el lenguaje. El resto es acomodo de sintaxis. Gramática del decoro. Así que escribo con este libro, y no sobre él, desde mi punto de

vista. Todas las nociones tienen una historia y son modificables. Mi estrategia para leer *Artefactos Intrascendentes*.

Larriera le pide perdón al no psicoanalista. Le anuncia que si entra aquí la cosa será difícil. Pero lo invita a su «deambular». Es su *manera* de tentar al lector no psicoanalista a que vaya a su libro: «Perdón al lector no psicoanalista porque sólo fragmentos de este montón de cosas de papel presentadas como libro son medianamente accesibles.» Abre su libro al no especialista. Le promete herejías por la vía del *Seminario 23*. Está, entonces, la tentación de herejía. No soy psicoanalista. Pero me tientan los libros escritos. Entonces, lo leo desde la frase de Paul Claudel: «*Escucho, no siempre entiendo. Pero igual respondo*» Así que se trata de un responder. No de una respuesta. El responder es como el sentido, se hace y deshace cada vez. Un sentido que alguien lee. Que está llegando infinitamente.

Y hay otra frase de Claudel que asocié leyendo *Artefactos Intrascendentes*: «*Es el hombre por entero el que quiere, el que siente y el que comprende*». Asocié porque todo el libro de Sergio Larriera se escribe contra la separación habitual entre inteligencia y sensibilidad, forma y sentido, oído y vista. O sea, para resumir, no es un libro del signo. Es un libro del continuo cuerpo-lenguaje.

Llamo a esta presentación la manera *Larriera*. Larriera en cursiva, para indicarlo adverbio. Había pensado otro título: «El hacer Larriera». Pero *un hacer* está en la propia manera. La manera, como dice Gérard Dessons «*no es simplemente una manera de pintar, de escribir, de componer, de pensar, [de hacer psicoanálisis: el agregado es mío] que asimilaría el sujeto del arte a un individuo empírico*.» La manera es más que una «manera de escribir o de pensar» (ídem), la manera deja de ser una manera de escribir o de pensar «para convertirse en la historicidad» (ídem) de esa manera de hacer, en este caso, psicoanálisis, esa manera es «el principio mismo de su invención.» (ídem).



www.cilajoyce.com

Entonces, *Artefactos Intrascendentes* no es un libro a la manera de, un pastiche, o la imitación de un estilo. Toca la historicidad del psicoanálisis. Además de dejar marcas, indicios, centelleos, que son el tejido de su hacer. La historicidad también es la escritura de una vida, escritura de la vida del que escribe, la travesía de su exilio, pasada por sus escritos, un fragmento de la historia del psicoanálisis en castellano, que es la historia de las traducciones. La de Freud y la de Lacan. En *Letraslación* Larriera elige su traducir: «De la serie de neologismos citada al principio, serie abierta a la infinitización, preferimos las que conservan algo del sonido francés: *parlente, parablaser y parlaser.*» Larriera muestra claramente que el psicoanálisis lee en cada lengua y en traducciones: «el campo freudiano se desenvuelve en cada lengua de una manera peculiar.» Su libro no elude el problema que plantea el traducir. Parte de la idea de que «no hay nada intraducible. En todo caso el traductor tiene que producir un nuevo texto...».

Desde la dedicatoria y la presentación escribe un psicoanalista que «se entrega a la niebla». Se introduce y firma en el tejido del trenzar: «El porteño aparisado que habré sido para el castellano lunfardo que estoy llegando a ser.» Salimos del parisino porteño que fue, al aparisado que habrá sido que entra en el movimiento castellano lunfardo hacia la aceptación de todos los futuros posibles. Esos que están en los discursos del cada uno que llega al gabinete. A confrontar con la aspiración analítica: «Cuando hubo síntoma (no «donde», pues la dupla síntoma / sínthoma es un hacer del tiempo) habrá sínthoma. Es una aspiración de la experiencia analítica.» Así que hay una aspiración trenzada al hacer. *Artefactos Intrascendentes* es una poética del psicoanálisis y una exploración de lo que el psicoanálisis hace, no solamente de lo que dice. Sergio Larriera escribe en una dimensión de obra. Y la obra afecta a la lengua y no al revés. La obra enloquece a los lectores, a los comentaristas. Ninguna gramática alcanza para leerla. Una poética, o sea, una subjetivación máxima en

el lenguaje, muestra que el único que no tiene el arte es el artista, que escribe con lo que no tiene, un analista, podemos decir es aquel que no tiene el psicoanálisis, es aquel que se anima a mostrar su mala relación con el psicoanálisis. Sergio Larriera escribe lo que todavía no tiene. Lo que no conoce. No escribe en prosa oficial: «Dejarse traer las marcas cóncavas, convexas, circulares. Marcas silentes, sonoras, lumínicas. Trasladarse desde el cuerpo apalabrado al cuerpo marcado. De un cuerpo a Otro cuerpo. Del cuerpo que creo tener al cuerpo imposible.» Se me ocurre, que hay aquí una propuesta de exploración en lo desconocido del lenguaje. Hay «un abrir la lengua a *lalengüa* en un desatino, retorciéndola para que piense [...] hay un cerrarla. Hay que cerrar la lengua cuando, por la herida catastróficamente abierta, fluye tanto barro originario que impide hacer pie.»

Así que, repito, en el libro de Sergio Larriera leo una manera, no leo un estilo. Le pido ayuda a Henri Michaux :

«El estilo, esa comodidad que se instala e instala el mundo, sería el hombre? ¿Esta adquisición sospechosa con la que, al escritor que se regocija, se le hacen cumplidos? Su pretendido don se le va pegar a él, esclerosándolo sordamente. Estilo: signo (malo) de la distancia incambiada (pero que hubiera podido, hubiera debido cambiar), la distancia donde equivocadamente permanece y se mantiene respecto a su ser y a las cosas y a las personas. ¡Bloqueado! Se había precipitado en su estilo (o lo había buscado laboriosamente). Por una vida ficticia, abandonó su totalidad, su posibilidad de cambio, de mutación. Nada de lo que estar orgulloso. Estilo que se convertirá en falta de coraje, falta de apertura, de reapertura: en suma una incapacidad. / Trata de salir de ahí. Camina lo suficientemente lejos en ti mismo para que tu estilo no pueda seguirte.»

A ese posible estilo, que acecha y a veces entra por la ventana, Larriera lo revierte en tránsito hacia «su mirar escuchando», como



www.cilajoyce.com

apostando a desarrollar la visión en el oído. Ojo que escucha, oído que ve. Esa relación activa. No dejarse alcanzar por el estilo es: «el intento de explicarse a sí mismo cuestiones del modo en que Lacan fue cifrando lo que descifraba en Freud.» Y agrega: «Soy como cualquier practicante, uno que cada vez corrige algo de su modo de explicárselo.»

Y esta precisión para situarse y situar al lector: «escribo en orsai». O sea: en posición prohibida. No completo la cita para no quitarle al lector el placer de leer este breve recitativo llamado Un espejame en el Cubo que habito. El libro de Sergio Larriera va de trama a no trama. Como diría Kerouac: «¿Trama o no trama? ¿Acaso debo escribir una novela o un libro de psicoanálisis según las reglas? ¿Acaso Sergio Larriera debe escribir un libro sobre psicoanálisis, en prosa oficial, o un libro con el psicoanálisis? Decide: con el psicoanálisis «merodeando el agujero abisal.»

## Recapitulación

Una manera es algo más que una singularidad, es la obra que enloquece, de alguna manera, al que lee (Gérard Dessons). Lo transforma. Hay como una tranquilidad en la institución artística, o analítica en este caso. Todo parece decir que el pasado está organizado, todos los comentaristas están instalados en su buena relación con ese pasado, no hay acecho de desorden, pasaron de la conciencia crítica a la buena conciencia, por lo tanto, presente asegurado. Los maestros pensadores campan a sus anchas. Y aparece un libro que respira un desacato, digamos Artefactos Intrascendentes, y de repente el pasado se vuelve «tan imprevisible como el futuro» (Meschonnic).

## *Homo Inscriptor*

Para Sergio Larriera «La lengua es una red de cicatrices, huellas del goce del *parléser*.» En esa

red escribe, hace su poema, cuenta sus transformaciones. Se abandona al «Hay que hacerlo», cita a Lacan en el sentido en que Joyce dice ¡Ayúdame San Ignacio!: «Una escritura es un hacer que da sostén al pensamiento.» El lector (yo, en esta ocasión) busca en esa red el continuo de texto a texto. Trato de atenerme a la frase de Larriera: «Más nuestras cifras deben entenderse como específicas de la teoría psicoanalítica, sin que puedan ser confundidas con las cifras de otros lenguajes, tales como las matemáticas, la lógica, la música, etc.». Es decir, hay «una expresión primera de la actividad marcadora del *parléser*.» Aquí está en la misma orilla del lenguaje que Saussure, lo sepa o no, cuando este dice: buscamos el origen y encontramos el funcionamiento. El homo inscriptor de Sergio Larriera organiza su ritmo aceptando el «principio Joyce» de que «sólo podemos hablar de escritura en aquellos casos en los que hubo imposición de palabra.» Así que amplió mi punto de vista. Cada texto de este libro es más que un relato, porque los relatos solo nombran, aquí cada relato va a recitativo, porque los recitativos están del lado del sugerir. Y le pido ayuda a Mallarmé: «Nombrar un objeto, es suprimir las tres cuartas partes del goce del poema que está hecho de adivinar poco a poco: el sugerir, ese es el sueño. [...] evocar poco a poco un objeto para mostrar un estado de alma, o, de manera inversa, elegir un objeto y desprender de él un estado de alma, a través de una serie de desciframientos.» En Sergio Larriera hay un «trenzado» que se mueve entre el nombrar y el sugerir. Mi impresión es que su trabajo va de la estructura al sistema. Es decir al movimiento. Seguir un trenzado es escribirlo. Escribirlo es ponerlo en funcionamiento, ese funcionamiento hace su historia y se hace infinito. Cuando Larriera dice todos somos inscriptores, y agrega que tendría que existir «un derecho universal a un bien costosamente conquistado», cuando dice eso, otra vez, lo sepa o no, coincide con el Henri Meschonnic que dice que todos somos sujetos del poema. Pero esto es algo más que



[www.cilajoyce.com](http://www.cilajoyce.com)

estar en la misma orilla del lenguaje. Es mostrar qué representación del lenguaje se tiene. Y cada homo inscriptor tiene una representación del lenguaje. Entiendo que para Sergio Larriera, en la medida en que brega por ese «derecho universal» y por lo que inscribe, el lenguaje es enteramente ordinario.

También propongo que este libro plantea un inicio después de la niebla. Una invitación al hacer: «El *parlésér* en el litoral puede hacer la experiencia...» Después de la niebla hay un inicio. Eso es el hacer. La travesía del funcionamiento. Un proceder en el campo de la experiencia, como «un pasajero de la lengua» según la bella expresión de Noni Benegas.

Sergio Larriera apuesta a un mirar escuchando. O sea: una apuesta a la visión en el oído. Un ex-sistir en ex-ilio y en éx-odo se inscribe con la escucha y la visión, inseparablemente.

Poética de Sergio Larriera: «Cuando alguien se acuesta en un lecho, presiona y arruga la sábana. Deja depresiones cóncavas y arrugas convexas, deja bajo-relieves. Son las marcas que ha dejado el Otro sobre el lecho corporal.»

Otra insistencia: *Artefactos intrascendentes* no es únicamente un libro del decir. Y menos del bien decir. Es un libro del hacer. Y el lector tiene que leer ese hacer. Y leer un hacer del tiempo. La lectura es tiempo de trabajo que se invierte.

Un libro escrito es una relación con la voz, este libro, la voz de Sergio Larriera es la triple relación entre el que escribe, el libro y el que lee. No lo leo como una estructura, sino como un sistema, y según mi punto de vista, dejando que aparezca la historicidad. Sergio Larriera no construye nociones formales y ahistóricas, construye sistemas que piden un responder. Pone en juego la teatralidad de su escritura, de su práctica. Esa teatralidad le hace un espacio al ego: lo cito: «El ego, cuarto elemento que repara y sostiene, a

diferencias del Yo, es la temporalización del tiempo.»

Entonces, también está el sentido, gran obstáculo para pensar algo del lenguaje, para escuchar, no es fácil aceptar que el sentido se hace y se deshace, pero hay un «yo oigo sentido (*j'ouïs-sens*)» homófono del *jouissance* (goce). Las obras, y *Artefactos Intrascendentes* es una obra, se leen finalmente fuera de la significación que quiso o no darle el autor. Entonces me pregunto cómo leer ese yo oigo-sentido en la práctica del psicoanálisis. Cómo se las arregla el analista con ese obstáculo mayor. El sentido está siempre entrando por la ventana. A este sentido lo entiendo situado entre el nombrar y el sugerir y siempre incumplido. A menos que se lo abroche en la estructura. Sé que esto es fácil de decir pero difícil de soportar. En ese cruce veo el arte del psicoanálisis, en esa lucha. En eso que decía Mallarmé: lo traigo de nuevo: «El alma es un nudo rítmico.» Y ahí, en ese nudo, Sergio Larriera hace remanentes y los denomina. Los nombra y los sugiere. La poética de *Artefactos Intrascendentes* se mueve del nombrar al sugerir, «por momentos en Otro fantasma, el de la comunión con lo imposible.»

Y está la necesidad de discurso: «Una necesidad de discurso es una lógica que se produce a partir de una inexistencia, de una falta.» Entonces, se me ocurre, que se busca la lengua y se encuentra el discurso, como dijo alguien. Se escucha, y se escribe en un continuo, lo que falta. El discurso es alguien que habla. Eso para mí es la manera. Entonces lo junto a Sergio Larriera con Néstor Sánchez cuando dice que escribe lo que todavía no escuchó. La manera Larriera es una manera por inscripción: Sergio Larriera inicia cada texto «con una inexistencia.»

También hay en *Artefactos Intrascendentes* una intención de trascender el relato. En el sentido en que un relato es lo programado, lo que «no es diferente a sí mismo». Sergio Larriera habla de transformarlo en lógica.



[www.cilajoyce.com](http://www.cilajoyce.com)

Cita a Lacan (y en todo citar hay un escribir): «¿Qué es la lógica? Es el arte de producir una necesidad de discurso.» Y si lo sigo bien, el discurso es sujeto, es recitativo, es ritmo, es único. Recitativo es lo que el relato no se puede comer. Lo cito nuevamente: «el arte lacaniano de producir un discurso que no estaba.» Desprendo de mi lectura que el psicoanálisis es un espacio en el cual el discurso que no estaba puede llegar a emerger. El sujeto del poema organiza su ritmo como exploración de su manera, para aceptarla en su incumplido. Emerge en incumplido y hace con ese incumplido. Va entre artesano y poeta.

Parfraseo a Yves Buin: el homo incriptor no vive allí donde uno cree encontrarlo (en los momentos en que escribe, tal vez no lo encontramos ni siquiera en el cubo que dice habitar) y cuando él dice Yo sabe muy bien que no dice nada y es, de hecho, cuando no hay nadie para decir ese Yo que es él mismo cuando la escritura empieza. Justo Barboza nos enseña a caminar Un *espejame* del cubo que habito. Sus pegatinas, su punteado infinito. Uno lee el cubo y descubre que el punteado infinito de Sergio Larriera se difunde por todo el libro. Es su noción del tiempo – teniendo en cuenta que las nociones tienen historia y se transforman, él escribe: «El tiempo que en su constante movimiento anuda y desanuda, encadena y desencadena.»

*Artefactos Intrascendentes* se sitúa en la guerra del lenguaje, la batalla es contra esa pareja de charlatanes llamados lo abstracto y lo concreto (Meschonnic). Contra el escamoteo de la escucha. Contra el escamoteo de los acentos y tonos del que habla.

El homo incriptor, o hace biografía o hace leyenda. Se llena de ilusiones sobre sí mismo o escribe. Asume o no la imposibilidad o dificultad de una biografía. Entra en conflicto con la generación. Marcel Proust: «Los deslizamientos de terreno tardan generaciones en desencadenarse, trato de acelerar el movimiento.»

Para mí la única biografía se hace inscribiendo. O sea volviéndose *outsider* de los clichés de su propio arte y de los de la generación. Sergio Larriera acelera el movimiento de deslizamiento. Un *espejame* en el cubo que habito muestra la punta de un panegírico, base de toda leyenda, del panegírico sabemos que «significa más que elogio. El elogio contiene indudablemente la alabanza de la persona, pero no excluye una cierta crítica, un cierto reproche. El panegírico no implica ni reproche ni crítica.» (Lo dijo Littré y lo cita Guy Debord). Este libro lo escribe alguien que inscribe su voz: «Lamento no haber estado en el mundo, nunca pude salir de mi gabinete.» Es entonces una invitación a la leyenda. En mi diccionario personal, leyenda incluye panegírico. Y acá entra el ego, ese que «merodea el agujero abisal. [Que] no padece «mal de abismo»: «El ego se deja mirar sin horror por el Otro ojo [...] El yo en cambio, es paranoico, no se deja mirar.» Y todo esto que cito es para confirmarme que todo libro escrito (no todo libro publicado está escrito) es un fragmento de la vida del autor que se hace leyenda. Esté en el mundo o en el gabinete Sergio Larriera es un viajero de la voz. Y tal vez el gabinete es el mundo. No son dos cosas separadas.



Isidro Herrera, Hugo Savino y Sergio Larriera

## Sergio Larriera

Me sentí totalmente captado en una cuestión: para mí todo se juega en el lenguaje, me importa que se entienda lo que escribo, lo que digo o lo que explico que toca esas bases que mueven o modifican, que llevan a pensar de otra manera aquello que llamaste muy sorprendentemente la prosa oficial.

La prosa oficial es realmente agotadora, mortífera, pero es necesaria, yo estudio psicoanálisis en la prosa oficial, me sorprende y me analiza justamente cuando aparece el efecto poético, cuando algo escapa de la prosa oficial, acá hay muchísima prosa oficial implícita (enseña el libro) en trabajos y cosas espantosamente duras algunas de ellas.

Pero todo es para poder decir, en ese sentido usaste la palabra honradez, es cierto que en ningún momento he sido deshonesto conmigo mismo en este texto, ha habido una honradez en la postura de escribir, en la manera.

*Artefactos* es el n° 66 de una lista de nombres impresionantes, una minúscula muestra aquí en la solapa del libro, y estar en esta lista y pensarme en la filosofía una vez...

“Una vez” como decía Isidro ¿qué quiere decir esto? ¿Qué hago yo aquí? Tuve un efecto de intrusismo, que es un término que usamos con Jorge Alemán justamente en el homenaje que hacemos a los 25 años de CRUCE, yo hace 25 años que estoy en Cruce, he sido socio fundador de CRUCE como intruso, llegué como un intruso, me puse en un costado y aplaudí... Era una fiesta, acá a la vuelta en la calle Argumosa. Eran momentos impresionantes, la flor y nata de la cual quedan algunos representantes a quienes saludo con cariño, les hago este guiño a los que participamos de aquellas historias... De golpe aparezco en esta lista, en este cariñoso homenaje, aparezco en esta lista entre los nombres que flotan y los nombres que ya están registrados y editados. *Filosofía Una vez*.

Se ha destacado la cuestión de la "manera", la manera de escribir, de la relación con el lenguaje, con los neologismos y con el



www.cilajoyce.com

hincapié que se hace inclusive en el artículo de 1983 que está colocado al principio, no es por una evocación nostálgica de nada, descubrí que tiene vigencia para lo que pienso actualmente. En este artículo comienzo diciendo una cosa muy muy dura que recién ahora me voy explicando y que ustedes me ayudaron a entender hoy.

Es que un Psicoanálisis sea de la escuela que sea, un psicoanálisis encontrará su lengua, pero hay un solo psicoanálisis que encuentra su lengua, no cualquier psicoanálisis encuentra su lengua, sino que hay uno sólo y en castellano supongo que hay un psicoanálisis que va a encontrar *lalengüa* todavía supongo que no la ha encontrado pero sí que hay montones de coordenadas dispuestas para que lo hagamos y el trabajo para mí es con *lalengüa*, psicoanalizar *lalengüa*, psicoanalizarse en *lalengüa*, traducir, trabajar ida y vuelta y estar allí permanentemente tejiendo y conectando vocablos y funciones.

Encontrar la palabra *parléser* parece una perogrullada: *parléser* traduce *parlêtre*, es hablar y ser, es el neologismo lacaniano para mí central, es lo más importante que acuñó Lacan en su última enseñanza, la palabra *parlêtre* con todas las consecuencias que tiene. Encontrar la traducción de eso me llevó 30 años, transité por varias traducciones de la que se traducen conceptualmente, es decir, el hablante ser ¿y qué es el hablante ser? Me da la impresión de que es un señor que habla, pero no tiene la potencia que tiene el *parlêtre* en francés.

Encontrar ese *parlêtre* en el artículo *Letraslación* después de casi 30 años de trabajo parecen tonterías, y ahí de golpe entran en resonancia *parlêtre*, *parlessere* del italiano, todo resuena y *parléser* aparece como lo más importante porque siento que es la palabra que más se acerca a la connotación que significa en la lengua francesa la aparición del *parlêtre* lacaniano, y que entonces el psicoanálisis lacaniano en castellano o se traduce así o peor.

Entonces con este espíritu sí que está escrito esto y acepto el elogio ¿panegírico dijiste vos? tengo que pensarlo bien ese concepto. El elogio de hablar de una poética, me parece... me siento orgulloso de que haya producido ese efecto, realmente no son términos ajenos pero son términos deseosamente... metidos bajo la mesa y aspirando que alguien diga "hay una poética en esto" y no que me aplaudan porque dije "el objeto a tiene cuatro patas" no, tiene una poética. No sé tampoco lo que quiere decir, pero quiere decir, me tocó y de eso se trata de que podamos construir, que vaya tocando, dislocando, trastocado, retorciendo.

Exprimamos a la lengua decíamos ahí, la retorremos para obtener, para sacar de *lalengüa*, analizarla, psicoanalizarla o sacarle lo mejor ¿para qué? Para que nuestro psicoanálisis... Soy lacaniano, y de una escuela, la ELP, especial del psicoanálisis, una particular interpretación del psicoanálisis lacaniano, no cualquiera. Pero pienso que ese psicoanálisis tiene una sola versión en castellano, no quinientas.

Conceptos si, de cualquier manera los puedo decir en castellano, concepto quiere decir que yo explique según la prosa oficial que esto quiere decir esto y se adecua a aquello y se reúne con aquello otro etc. Pero no, traducir, realizar un pasaje de frontera, trasladar letras de una fronteras a otras y llevarlo a lo más hondo de *lalengüa* mía y que transforme mi propia lengua, que queden palabras en mi propia lengua que sean inamovibles eso es cuando un psicoanálisis alcanza su lengua, eso es lo que quiero decir, como por ejemplo la palabra *ex-timé*, "extimidad", una palabra inolvidable, tan inolvidable que ya la tomaron hace 10 años, en este libro está citado eso, la tomaron los publicistas y oponían la intimidad a la extimidad lo que no tiene nada que ver con el concepto lacaniano, ellos mismos advertían que tomaban a Lacan un poco exteriormente, oponían intimidad a extimidad y eso es lo que no se debe hacer, eso es malograr una traducción, sucedió en



www.cilajoyce.com

otro campo; en el de la moda, la publicidad pero es un ejemplo de barbaridad.

Pero hay ciertos vocablos claves que van armando la traslación de una práctica de una lengua a otra. El castellano no tenía su psicoanálisis y es una lengua de una práctica universal máxima, no hay mayor práctica del psicoanálisis que en castellano, pero siempre es subsidiaria del alemán, del inglés, del francés, de las múltiples traducciones en castellano, pero en realidad no se consolidan, todas cambiando, montando, tachando.

En realidad no encuentra su lengua, yo creo que con Lacan se puede llegar a alcanzar esa posibilidad, poner esos ciertos anclajes que digan, bueno hemos conquistado *lalengüa*, estamos psicoanalizando nuestra lengua, y trajimos de ella los conceptos que necesitábamos y ahora sí nuestro psicoanálisis fluye en esa lengua, ese es el objetivo de este libro, contribuir a ello.

Tratar simplemente de escribir cuando me viene la loca, lo que sí es cierto que con este libro insistí, Isidro varias veces me había ofrecido publicar un libro en relación aquí en Cruce, pero nunca le ofrecí nada hecho, con este fui y lo busqué y le dije "Isidro tengo el libro".

**Isidro Herrera:** te atribuyes como único mérito el haber extendido o insistido en la palabra *parléser* y te olvidas del título de tu libro... Hay una cosa que se me ha olvidado decir y es que los *Artefactos Intrascendentes* somos nosotros, es como si el libro se llamara *Nosotros...*

**Sergio Larriera:** Está acotación era fundamental, estaba implícita en todo lo otro que dijo Isidro, pero lo hizo de otra manera, de una manera tan compleja que no era de fácil audición, nosotros somos *Artefactos Intrascendentes* y que hay una estructura, somos los responsables de que haya una estructura.

Somos nosotros un Artefacto Intrascendente pero capaz de modificar la estructura, porque opera permanentemente sobre la estructura

modificándola. No estoy haciendo con esto una declaración política... Esto es como pre político en mi planteamiento, ese es un problema que quería confesar, como psicoanalista me he pegado muchas veces en los dedos cuando tocaba el piano, cuando escribía me pegaba en los dedos porque decía "estoy pecando de ontólogo", permanentemente se me desliza una preocupación ontológica y finalmente la asumí, yo creo que este libro también tiene ese defecto desde el punto de vista de la prosa oficial.

El Psicoanálisis no es ontológico porque dice de la falta de ser sino además hay el ser y un agujero y entonces hay un agujero y un nudo. ¿Por qué no escapa a lo Ontológico? Si el término *parléser* lleva en sí mismo la pregunta por el ser... ¿por qué negar los estigmas del anatema "ontológico"? La locura es el eje central de este libro, los diversos tratamientos y posibilidades y las distintas maneras en que la fui tratando a través del tiempo, a partir del axioma "Todos somos locos", que es para mí un axioma fundamental lacaniano. Hay un artículo que se llama *Asediado por la locura* definiéndose el *parléser*, fíjense el título que elegí y lo que tardé en encontrar ese título, una noche dije lo encontré, qué equilibrado está, *asediado por la locura*, y después todos los artículos, utilice las referencias que utilice, los sistemas referenciales de la lógica, de dos campos entrecruzándose, la intersección, o de tres redondeles como un nudo, utilice lo que utilice siempre está el problema por debajo, está el tratamiento del cómo nos defendemos de la locura.

Nuestra vida es, en algunas cosas, exitosa y muchos fracasos. En mi vida personal hay más fracasos que éxitos y hay en otras vidas más éxitos que fracasos, eso depende de cada uno, pero siempre estamos en esa, cuando tanto daño nos hacen; cuando nos mortifican en la escuela, los padres, los educadores. Esa tortura permanente que hay sobre el niño la he tratado de reflejar acá, llamo masa palpitante a ese cacho de carne que apareció



[www.cilajoyce.com](http://www.cilajoyce.com)

en el mundo y la estructura se frota las manos y dice a este me lo como en un minuto y ahí empieza la lucha, eso está presente en el libro.

**Miguel Alonso:** esta mañana había escrito un pequeñito texto de homenaje que voy a leer, están muchas de las cosas que se dijeron. Quiero partir desde esta foto de la misma portada, que en el curso *Lenguajes* del verano pasado, en la exposición que se hizo un día estaba este retrato con un rótulo que decía Autorretrato entonces desde ahí es de donde quisiera leer este texto que se llama Palabras para un autorretrato y lo completo con Larriera. (Ver Miguel Ángel Alonso: Palabras para un autorretrato. La riera de una diéresis).

**Fernando Carbonell:** Como compañero de Sergio y fundador de CRUCE quiero especialmente felicitarle y expresarle mi alegría y la enhorabuena porque al fin después de 25 años hemos llegado a este momento, y felicitarlo también por el azar del cruce entre arte y pensamiento, que parece que ha creado esta escenografía para nosotros (risas) las tres cátedras negras y la mesa de laboratorio de al lado que parece que estaba hecho para.

**Sergio Larriera:** muchas gracias Carbonell, ¡por los 25 años!

**Zacarías Marco:** yo solamente quería agradecerlos, realmente han sido todas las intervenciones impresionantes y cuando terminaba una y empezaba la otra, empezaba desde un lugar muy difícil, impedía estar a la altura, y después de las tres que habías dicho que tenías dos paginitas...

**Sergio Larriera:** parecía preparado ¿no?

**Zacarías Marco:** me has dejado impresionado entonces yo creo que no se trata de hacer más intervenciones, yo creo que es imposible a la altura de lo que habéis mostrado, de verdad muy impresionante.

**Miriam Chorne:** sigo plenamente a lo que ha dicho Zacarías, fue un gusto aprendí un montón de cosas y me parece que hay muchas cosas en común en las cuatro

intervenciones y una que me encanta es la de Sergio por eso quiero reflejar que es un libro en el que se lee satisfacción, el gusto, el goce de lo escrito y de estar escribiéndolo incluso.

**Sergio Larriera:** muchas gracias, has captado exactamente el estado.

**Mario Coll:** gracias por las intervenciones, no me he leído el libro pero espero leérmelo, pero efectivamente ha habido un efecto, un efecto poético y se produce algo en el significante siguiendo un poco lo que ha dicho Isidro, ese Larriera que es un arriero que va de camino al habla, porque el arriero en definitiva está siempre caminando sin tener un lugar fijo permanente, bordeando y he pensado como los significantes pueden explotar de un modo infinito, que lo diga Joyce, simplemente tomando tu apellido, ese Larriera que es un arriero de camino al habla gozando (inaudible para mi)... y si estoy de acuerdo con el efecto poético del libro, aunque no aparezca que es un libro de poesía, es algo que se ha producido.

**Sergio Larriera:** hay cosas que muchos conocen porque he ido soltando a lo largo de la vida, está dicho en los agradecimientos, agradezco a todas las personas que han sido de una u otra manera testigos, cómplices, amigos, discípulos, colegas, en fin, a lo largo de... a las juntas directivas porque fueron invitándome a presentar trabajos. Agradezco a las direcciones de revistas que me fueron publicando trabajos, de las cuales hay arrancamiento de pedazos que están todos acá presentes. Pero celebro nuevamente y les agradezco absolutamente a todos si han logrado todos recoger este efecto poético, que para mí es la palabra máxima. Lo más grande que dijo Hegel por las mujeres fue poner la poesía donde la puso...



www.cilajoyce.com

## Miguel Ángel Alonso: Palabras para un autorretrete. La riera de una diéresis.

Desde el viejo retrete balbuciente, hasta el autorretrete con firma, transita, por su *lalengüa*, un *parléser*. Hacedor de lengua para un Psicoanálisis del castellano, artesano de artefactos intrascendentes, encamina chascarrillos de *poate* hacia la riera que conduce al concepto, ya irremediablemente *alterletrado*, para una lengua de acogida. Escritura, sin duda. Privilegio único y exclusivo de quien puede tener una relación carnal con las palabras, como sugería José Ángel Valente. Privilegio único, también, del que puede vivir, sin ambages, pero siempre con rodeos, en la cámara de ecos de su *lalengüa* para permitir un goce pleno al oído absoluto y, paradójicamente, entregar, desde ese goce, el fruto de un pensamiento.

Decía Dostoievski en “Crimen y castigo”<sup>3</sup>:

*“Me gusta que desbarren. Ese es el único privilegio de que goza el ser humano sobre los demás organismos. Desbarrando se puede llegar hasta la verdad. Porque desbarro, soy un ser humano. A ninguna verdad se ha llegado nunca sin haber errado antes catorce veces, o quizá ciento catorce, y eso es un honor hasta cierto punto”.*

El canon por los suelos. O el canon alterletrado, confundido, distorsionado, en los sueños del poate. El errar y el desbarrar de un servidor inequívoco de *lalengüa*, ¡¡Cuánto habrá desbarrado Sergio Larriera desde el poate que habrá sido al poeta que está llegando a ser!!! Porque hay que llegar a ser poeta para que, por ejemplo, una diéresis alterletrada seduzca a una *u* inhibida de la lengua común. Conjunción en el éter, luminosa y brillante, de una epifanía: “*solo el*

*poeta es capaz de revelarnos, en la plenitud de sentido de una frase lisa y llana, eso real a lo que apunta al trasmitirnos su epifanía”* (Larriera, *Artefactos intrascendentes*, pág. 114).

Sergio Larriera es la firma para un autorretrete, es decir, para un *je*, que no para un *moi*. Nombre Propio y sobrenombre en la riera del goce de su marca inicial. Allí lo reconocemos, en su carcajada, a la vez lenguajera y conceptual, esa carcajada que sin salirse de su *lalengüa* hace lengua para el Psicoanálisis. Un saber hacer con su cuerpo imaginario y con su goce, con su retrato y con su retrete, para darle, a la lengua inhibida y pobre de la razón, una diéresis inútil y epifánica que se inscribe como marca para una lengua que habrá de ser la propia del Psicoanálisis del castellano.

## Miriam L. Chorne: La praxis poética del nudo borromeo de Sergio Larriera

No sé si la caracterización que haré ahora del autor del libro que hoy presentamos la hubiera hecho si no hubiese escuchado nuevamente, por esas extrañas contingencias, en estos días una conferencia de Borges sobre Joyce y su Ulises. Lo que diré, lo pienso de Sergio Larriera desde hace mucho tiempo, pero escuchar esa conferencia seguramente me hace formularla en los términos en que lo haré. Hay dos ideas en particular que quiero traer. En el comienzo de la conferencia, Borges propone que ciertas situaciones son desproporcionadamente fecundas en cuanto a la producción cultural y atribuye dicha riqueza a la condición de exterioridad, incluso de exilio de sus autores, respecto de la corriente principal. Lo hace a partir de una tesis de T. Veblen sobre la preponderancia de los judíos dentro de la

<sup>3</sup> Dostoievski, *Crimen y castigo*, Cátedra, pág. 297.



[www.cilajoyce.com](http://www.cilajoyce.com)

cultura occidental. Veblen quiso indagar sus causas, a partir de su negativa de explicar nada en términos étnicos. Encontró la razón en que manejan una cultura que en cierto sentido no es la suya, con la que guardan una relativa exterioridad, en la que viven en un cierto exilio. Lo que les permite experimentarse como más libres, sentirse menos deudores, obrar sin supersticiones y muchas veces de manera revolucionaria.

A Borges le pareció una tesis útil para explicar otras situaciones por ejemplo el carácter vanguardista de la literatura americana respecto de la literatura en lengua española, y la de Irlanda, un país, pequeño, pobre y no demasiado poblado, en relación a la cultura británica y occidental. Podría así, dice Borges, explicarse la abundancia de nombres ilustres entre los irlandeses. Viven dentro de la cultura británica pero se saben no ingleses y pueden encarar lo que hacen de una manera más libre, más innovadora.

Salvando todas las distancias que consideren necesario salvar, encuentro que la condición de exiliado, de marginal, de exterioridad de Sergio -y supongo que no es necesario que diga, que no hablo sólo en términos geográficos- explica muchas de las características de su libro. Eso y la pasión que acompaña todo lo que hace.

Recuerdo una anécdota - no sé si alguna vez hablamos de ella con Sergio- hubo hace muchos años unas Jornadas Nacionales, fue antes del 98, de la escisión, porque estábamos todos, eran unas Jornadas dedicadas al yo que se celebraron creo que en Galicia, y Sergio y yo habíamos participado los dos en el documento de trabajo con un pequeño texto cada uno sobre el yo en Joyce. No recuerdo bien los detalles de la situación, pongamos que había que elegir algunos textos para exponer en las plenarios, en todo caso Miller eligió que Larriera fuera uno de los expositores y luego se acercó a mí y me dijo "Tenía que estar él, es tan original su modo de escribir".

Quiero ahora citar la doble conjetura con la que Sergio se define en el exergo de la "Presentación": "El porteño aparicado que habré sido para el castellano lunfardo que estoy llegando a ser". Además de mostrarnos el humor con el que suele hablar de cualquier tema (he llegado a decirle que no podía renunciar a sus clases porque era uno de los pocos lugares en que reía claramente, sin retención), revela cómo éste le sirve, haciéndose destinatario de su propia comicidad, para descubrirnos el carácter universal de nuestro ser de objetos. Más allá desde luego de la prestancia narcisística en que constantemente nos empeñamos. La nota al pie dice: "Esta doble conjetura, en la que se muestra con claridad la imposibilidad de ser, pude formularla tras décadas de lectura de Lacan y Heidegger. Está construida sobre la fórmula lacaniana de la temporalización del ser." Reconocerán como yo el más puro estilo Larriera. Esa equivocidad de la enunciación nos hace leer las cosas más serias y rigurosas que nos dice con una sonrisa.

Borges recuerda asimismo que muchos jóvenes en el mundo ensayan una obra que es una aventura -según una oposición de Guillaume Apollinaire, aventura se opondría, en este caso, al orden. Y resulta una definición interesante de las vanguardias. ¿Hará Sergio bromas sobre la innovación de los jóvenes? Los que asistimos a sus clases sabemos que entre esas bromas constantes que quitan hierro al poderoso superyo, últimamente Sergio habla mucho de la edad. Pero he conservado tal cual la definición de Apollinaire evocada por Borges porque es su carácter iconoclasta, anarquista lo que precisamente, más allá de las bromas, vuelve joven su escritura. Aunque se vea claramente también que es fruto de los años de lectura, de la experiencia.

Hablé antes de la pasión que acompaña todo lo que hace, me gustaría ahora desmenuzar brevemente algunos de esos amores. Son los que hacen que me guste tanto este libro.



www.cilajoyce.com

Larriera posee un goce extraordinario de *lalengua*. Sus vueltas con las traducciones así lo manifiestan. Hay una búsqueda de precisión, pero además hay un gusto de buscar el término más adecuado.

No siempre, aunque muchas veces coincido con su propuesta como con la traducción de *sinthome/sinthoma*, menos con la de *parlêtre/parléser*, me gustaba más su serdiciente quizás porque gozo menos de la conservación del sonido *parler* relacionado con *parlar* -en castellano decimos hablar- o tal vez porque soy más esclava de la dimensión conceptual. no me gusta tanto como a él retorcer el castellano. Pero igual en todos los casos nos obliga a un trabajo sobre la lengua que resulta excepcional.

El bello título del libro habla de artefactos intrascendentes. Me gusta, y despertó el interés por saber que eran estos artefactos intrascendentes. Acudí cómo no, a mi fuente habitual: Lacan. Utilizaba ese término “artefactos” para subrayar el carácter artificial, ficticio. “El discurso es el artefacto” decía Lacan en el Seminario XVIII, *De un discurso que no fuera del semblante*.

Al comienzo de ese seminario Lacan oponía el artefacto a los semblantes. Estos últimos están presentes incluso en la misma naturaleza: para empezar, hablaba de los meteoros y del arco iris como ejemplo de semblantes. En tanto pueden estar en la naturaleza son lo contrario del artefacto. Es un producto del decir. Esta oposición le sirve a Lacan para diferenciarse del idealismo. No es el conocimiento, “en cuanto no creemos que conozcamos por medio de la percepción, de la que extraeríamos no sé qué quintaesencia, sino mediante un aparato que es el discurso”. No es pues la Idea. Es el decir.

Proponer pues la dimensión de artefactos intrascendentes es sostener una posición materialista, apoyada en el decir.

¿Es así como lo utiliza Larriera? Sí y no. Porque como el propio Sergio dice, la

primera parte del libro presenta términos que “a lo largo de los años van sufriendo pequeños desplazamientos, pasando a formar parte de nuevas constelaciones (...).” En mi opinión la segunda parte también. Y así, los artefactos intrascendentes cambian y se modifican a lo largo del libro.

Para considerar su primera aparición, una cita amplia de la página 102 “En esa tarea del analista regirán las coordenadas de la palabra poética, dando lugar a un contrapunto de efectos de sentido y efectos de agujero. Las operaciones se sostendrán en artefactos intrascendentes pero que no pueden ser sin relación a la estructura. Aunque la pretendida trascendencia de la estructura naufraga en los agujeros que excava la palabra. Entre el sentido y el agujero, el *parléser* farfulla sus síntomas.”

Podemos deducir de esta cita que los artefactos son intrascendentes en contraposición a la estructura que es trascendente por una parte y que la tarea del analista será homóloga a la del síntoma, ambas entre el sentido y el agujero.

En la siguiente cita se contraponen nuevamente la estructura trascendental del Otro y la singularidad de la respuesta de cada uno de los artefactos intrascendentes. Pero se añade un elemento que no estaba presente en la cita anterior. Es un cambio que se corresponde con el hecho de que esta cita pertenece a la segunda parte del libro que se titula “Un nuevo decir localizador”, y que en mi opinión es mucho más que una segunda parte, es verdaderamente otro libro. Esta cita dice más, dice: “No hay inscripción directa, sin fallas ni deformaciones, de los signos del Otro en el cuerpo elemental de la masa palpitante.” (p.133).

¿No hay inscripción directa porque hay la respuesta de la masa palpitante? ¿Está proponiendo Larriera que al determinismo de las marcas del Otro lo acompaña el consentimiento o el rechazo del sujeto? ¿Qué es esa masa palpitante? ¿Por qué Larriera



www.cilajoyce.com

quiere ir más allá, o mejor más acá del momento en que se inscriben las marcas? ¿No se biologiza así más el proceso?

En la página 144, Sergio escribe una serie de fórmulas que condensan los grados de ciframiento del goce. En la segunda reformula el artefacto intrascendente:

*Parléser*: singular artefacto intrascendente. Cuatro dimensiones R.S.I. sigma como la letra correspondiente al sínthoma y recuerda después que Lacan se refirió al tiempo como “tirones del nudo”.

Es sin duda una formulación original, un modo de decir completamente novedoso, los tres grados de las cifras del Uno, que por otra parte Larriera afirma deducir del que llama “Triángulo de Lacan: Pascal con Frege”.

Resumamos de modo extremo, aquí el artefacto intrascendente es el *parléser* definido como nudo de 4 redondeles.

En la definición de la página 150 Larriera insiste en la necesidad del 4º nudo para reunir -“como puede, en un artefacto intrascendente que estará en permanente construcción y destrucción la singularidad de cada *parléser*”.

Por último, y me disculpo si me he tomado demasiado tiempo en la lectura con la que intento explicarles, pero sobre todo explicarme ese término tan novedoso para mí como para ustedes. Y quizás sea el momento de reconocer que las elaboraciones de Sergio Larriera que son el producto de años de lecturas no sólo de los aspectos más complejos de la enseñanza de Lacan, sino también de otros autores, y para el caso de la consideración de **los Artefactos Intrascendentes** en las páginas 169-170, en particular de Heidegger, seguramente encierran matices que a mí se me escapan. La densidad en general de referencias a este autor, me refiero ahora a Heidegger, es tan grande y está tan incorporada, hechas tan suyas por Larriera, que estoy segura de haber perdido dimensiones de su invención. En todo caso la referencia a “lo poéticamente pensado”

indica el carácter de “artesanía manual a la que se encomienda el escribir” (y que hizo a Lacan interesarse tanto en la escritura china). Está pues también presente el artesano Joyceano, evocado tan significativamente en el final de *Retrato del artista adolescente*, casi a modo de programa de vida y poética literaria.

Hemos recogido que los artefactos intrascendentes tienen el aspecto de artesanía que hay en el escribir, son una escritura, que reúne en un nudo de 4, es decir anudado por el sínthoma, la singularidad del *parléser*. Añadiré ahora para reforzar este aspecto de acto que tiene el decir y que queda incluido en la escritura, la enigmática propuesta de Lacan “No soy un poeta, soy un poema. Y que se escribe pese a que tenga el aire de ser sujeto”. Constituye otro modo de decirlo.

La praxis poética del nudo borromeo es como la caligrafía china, un arte del movimiento que implica la presencia del cuerpo. El pincel en la escritura china es como un sismógrafo que registra la singularidad del calígrafo. Lo que es interesante de la escritura china para Lacan no son las figuras como productos acabados, sino su generación singular por y en el acto de la escritura.

Me quiero referir ahora a la belleza del libro en su conjunto. Por ella habrá que felicitar a Isidro Herrera su editor. Y supongo que también a Sergio, al menos yo veo la mano de Sergio, que nos tiene acostumbrados a tratar con mimo ilustraciones, esquemas, nudos. Por eso precisamente es un libro muy difícil de editar. Y sin embargo está excelentemente editado. Me gusta mucho la cubierta, con esa bella foto de Larriera duplicada - de ningún modo un selfie digital, concebido a partir de la repugnante palabra self, sino por favor, una fotomóvil tomada con su arcaico móvil analógico- y también me gusta la contraportada tan clara y explicativa y con su maravilloso nudo anunciador. Me gusta la letra, su tamaño, los blancos. Encuentro muy valiosas las notas verdaderamente esclarecedoras. Por ejemplo la nota al pie de



www.cilajoyce.com

la página 32 en la que nos explica que la utilización en la prensa del término extimidad, como se podía esperar, dada la fortuna del hallazgo de ese neologismo, no ha escapado sin embargo a su también previsible tergiversación. Con su habitual humor anota “nuestro apreciado concepto ha muerto de éxito”.

En su búsqueda de las marcas impresas en la lengua por el goce de los hablantes Larriera investiga en el fascinante “Ir a *lalengüa*” las raíces del término folía (pp. 24-25).

Detenerse en el término extrañamente familiar de “folía”, derivado del latín “foliis” a través del francés “folie”, para destacar que la expresión folía preserva la locura “presente en cada uno de los actos del hombre, insistente, incorregible”, pero “como palabra psiquiatrizada”. Larriera la vincula también al folgar, “tener ayuntamiento carnal”. “De tal manera hoy, en el verbo contemporáneo que recuerda el jadear de los amantes en el abrazo amoroso, resuenan la holganza y la locura de nuestros antepasados.” Me imagino, aunque no tengamos el testimonio de un secretario que, como en el caso de Joyce, nos hable de su risa mientras escribía, la diversión de Larriera mientras encontraba estas relaciones etimológicas que como chiste van dejando sus huellas en la lengua.

Y a través de la investigación del término antiguo, ya en desuso, que recupera, introduce otra de sus pasiones, la de la literatura inspirada, la de esos locos sublimes que en los sucesivos cursos veraniegos ha sabido traernos. Muchos de esos personajes que pueblan el libro de R. Queneau *En los confines de las tinieblas* merecen no sólo todo el respeto sino claramente su amor. ¡Oh, Brisset tantas veces convocado! “A mi juicio -escribe Larriera- el más destacado de aquellos célebres locos del siglo XIX y principios del XX, el más lúcido y entrañable de los miembros de esa “familia de sombras” -según la feliz expresión de Foucault- que Sergio recoge.

Su goce de la lógica matemática es ostensible en todo el libro pero en particular en su riguroso “Triángulo de Lacan: Pascal con Frege” con su extraordinario desarrollo sobre los diferentes Unos que Lacan distingue. También su peculiar análisis de la expresión “hay de lo Uno” y la traducción de *sinthome*. En este texto batalla en contra de dejarlo en francés como suele hacerse y a favor de escribir síntoma con h, neologismo que al confundirse por su sonido con el síntoma habitual en castellano, produce la equívocidad que requiere de la escritura para diferenciarse.

En “*El otro Saussure*” retoma algunas de las investigaciones sobre los anagramas, para hablarnos de la necesidad de la reconsideración del signo. En los cursos de *Lengüajes*, Mario Coll que ha trabajado tan intensamente en el tema supo hacer avanzar la reflexión sobre el otro Saussure. Presentó por ejemplo las investigaciones de Starobinski sobre ese otro aspecto del signo. Nos mostró asimismo cómo se había reprimido en la versión primera del *Curso* toda una faceta de la investigación de Saussure para destacar más, o solo, una perspectiva científica y formalista.

Larriera considera que el comentario de Miller de este “otro” Saussure constituyó un hito en el “proceso de posesión” en el que se adentró este autor (1995-1996). Hasta alcanzar una formulación acabada en su *Piezas sueltas*: “ser poseído por el texto de Lacan, dejarse poseer para terminar con cualquier resto de aspiración a la univocidad. Para mí”, continúa Larriera, “entre estos dos puntos se tiende el arco maestro de la enseñanza de Miller”.

Finalizo mi comentario recomendando la lectura de este libro tan original, tan único y a la vez tan estimulante, incluso si es para discutir algún aspecto. La posición anarquista, a veces incluso nihilista de Sergio se acompaña sin embargo siempre de una pasión por alcanzar lo real de la experiencia psicoanalítica. Y para hacerlo sabe que debe acudir a la lógica matemática. Por ejemplo la



[www.cilajoyce.com](http://www.cilajoyce.com)

teoría de conjuntos de Cantor muestra que conjuntos y elementos son letras. Como lo dice el mismo Lacan en el Seminario *Aún*, las letras no designan esos conjuntos, los hacen. Son artesanía.

Por eso esta doble y paradójica obediencia termina siendo tan productiva, llevando el descubrimiento de Freud a sus consecuencias más radicales.

